



Por Jorge Abasolo

Querido hijo:
Nadie elige voluntariamente venir al mundo. Tuve la dicha de nacer antes de 1930, en un mundo harto mejor que el tuyo.

Soy anterior a la penicilina, a la televisión y a la guerra fría. Jamás imaginé un mundo con comidas congeladas, fotocopiadoras, los lentes de contacto, los videos, los teléfonos móviles (celulares), las grabadoras sin cassette, las guitarras eléctricas o las pizzas a domicilio.

No existían las tarjetas de crédito (por lo que me salvé de intereses usureros). Tampoco existían la bomba atómica ni los rayos láser. En mis tiempos no había fútbol profesional y que un jugador se vendiera por dinero no estaba ni en la imaginación del más recalcitrante. Soy de la generación que se declaraba ante su amada por carta y que a todo ser mayor trataba de usted. Conocí las polainas, el trato amable, pero no soy de la generación de las máquinas tragamonedas, de la pantalla líquida, los secadores eléctricos o el aire acondicionado. ¿Recuerdas cuando tu hermano Alejandro me regaló una máquina de afeitar eléctrica? Jamás me acostumbré y seguí haciéndolo con mi vieja y añorada Gillette. Si me hubiesen hablado de joven acerca de los hornos microondas no habría hallado qué decir. En mi juventud el viaje a la luna sólo estaba en la febril imaginación de Julio Verne y el WhatsApp era una interjección extraña.

La carta de mi padre...

Ni hablar del Internet. El correo electrónico hubiese sido para mí como ver al jefe de Correos de mi ciudad con un enchufe en la cabeza. ¡Algo descabellado!

En mi época no había ingenieros comerciales, pero igual otros se encargaban de aruinarnos. Robar en la administración pública era una aberración y los ministerios duraban más tiempo. Los jóvenes se cortaban y lavaban el pelo más a menudo, no usaban aros, hablaban delante de sus pololas sin garabatos y el honor era cosa respetada. Pero no fui un santo y participé en huelgas y marchas callejeras. Eso sí, jamás insultamos a un carabinero y cuando un "compañero" ofendió a un policía nosotros mismos aplicamos la ley del hielo a este mozalbete mal educado.

Haberle lanzado una bomba Molotov a un representante de la ley habría sido un desatino. Y que un magistrado lo hubiese dejado en libertad por "insuficiencia de antecedentes" habría sido una aberración imposible de imaginar.

Las mujeres (las lolas de hoy) consideraban el pudor como una virtud, usaban aros en vez de piercing, y si tomaban pastillas generalmente éstas eran de menta.

Acabo de leer en el diario que pronto van a empezar a maquillar a los muertos. Por favor, si parto antes de lo acostumbrado, entiéndenme así no más.

Como si fuera poco me entero de que en Río de Janeiro ya debutaron los edificios cementerios. ¡Digno de Ripley! Esto significa, querido hijo, que a un tipo lo pueden enterrar en el piso 12, 14 ó 18. Por favor si esta idea llega a Chile no permitas que mi último paradero sea en uno de esos edificios. Recuerda que tengo claustrofobia y -como si fuera poco- la altura me hace mal. Tu sabes, he perdido muchas cosas en la vida, menos el humor.

Tu padre, que te quiere...

Julio Abasolo Aldea